

tima, aun cuando en vías de crecimiento, se ve paulatinamente dificultada, en mayor proporción con que lo estuvieron las minorías semejantes de tiempos pasados.

Y, querido amigo, este peligro es singularmente vital en lo concerniente a nuestro país y al de ustedes. Es un hecho que la opinión de Inglaterra tenga para nosotros mucho menos importancia que la de España. Porque lo que España piensa puede pensarlo también la América española.

Y si continúa el error de concepto entre los Estados Unidos y el resto de América, este error puede pasar del pensamiento a la acción. ¿Ve usted ahora, mi querido Ayala, por qué sus citas de Wells me intranquilizaban? Ya sé que ciertas clases intelectuales de Inglaterra se divierten creando un ogro americano, aprovechándose de las preocupaciones naturales de nuestro joven país, durante su época de crecimiento. Decir que no somos ni más ni menos que una máquina económica, halaga, sin duda, a sus gustos, y quizá disculpa a sus ojos su propio descenso espiritual. Deploro que exista un mito tal en Inglaterra; pero estoy dispuesto a emplear buena cantidad de mis energías en la tarea de destruir ese mismo mito en un pueblo que «potencial» y «espiritualmente» está tan cerca de nosotros, como es el país de ustedes y como son sus hermanos, que son también nuestros hermanos, a través del mar.

Me duele mucho la espesa ignorancia y la desconfianza que separa, como un abismo, las dos Américas. Y me duele tanto más, cuanto que me doy cuenta de lo mucho que hemos profundizado nosotros este abismo. La América española se ha acordado continuamente de los elementos de violencia y acaparación de mi América. Y cualquiera que haya sido la propaganda que para conocerlos mejor se ha llevado a cabo entre nosotros, con demasiada frecuencia ha ido teñida de un aspecto de penetración comercial e industrial. Peor todavía: el hecho de que ese mismo elemento intervenga, en los Estados Unidos, en todo medio de comunicación, nos ha impedido saber que en Méjico hay algo más que petróleo y cobre, algo más sobre la Argentina que la extensión de sus rebaños, algo más sobre el Brasil que las condiciones de sus cafetales, o, quizás, una pincelada pintoresca sobre sus enormes ríos.

Ya es hora de que los espíritus de nuestros dos países se comuniquen entre sí, y de que arranquen de las garras de acaparadores y explotadores los medios para esta comunicación. No soy el único en decir que hay en mi América un núcleo espiritual, en pleno crecimiento y lleno de fe, que mira con ansiedad hacia los pueblos del sur de Texas y que anhela llegar a una comprensión, común a todas las Américas, de lo que, después de todo, no es más que una empresa general: la de construir, con nuestras peculiares imágenes, culturas creadoras que expresen nuestra emersión de los montones de residuos políticos, económicos, y psicológicos que el viejo mundo vertió sobre nosotros.

Pero esas Américas del sur de Texas están

aún sin integrar: se siente uno desconcertado cuando intenta hablarles o cuando intenta oírlos hablar. Carecen aún de articulación y de centros receptores. Este centro, hoy por hoy, debe ser España. Aquí es donde debe reconocerse a la América creadora, si se quiere trabajar para que llegue un día en el que la comprensión espiritual una conjuntamente a las Américas, conforme ahora el espíritu de expansión amenaza separarlas.

Y por esto fué, querido Ayala, por lo que, quizá con más entusiasmo que elegancia—pero ciertamente en un espíritu de profundo afecto—, me decidí a protestar cuando vi que la superficial alharaca de Mr. Wells, tan fácil en propagarse, encontraba un eco en la pluma de un artista como usted, a quien tanto admiro y de quien tanto espero en esta tarea espiritual tan necesaria.

Muy cordialmente suyo,

WALDO FRANK

COLOFON

DE UN ESPAÑOL A UN AMERICANO

Cordialmente me felicito de haber sido, aunque de modo inesperado, quien ha puesto en presencia y conocimiento de los lectores de *El Sol* a un escritor del fuste de Mr. Frank, tan agudo y talentoso, que desde el primer libro que publicó atrajo hacia sí el apasionado interés de su país y mereció la atención culta de la Francia, el pueblo más madrugador en las jornadas literarias.

Sabía yo de antemano que las opiniones de mi admirado corresponsal y las mías son bastantemente unánimes. Por eso al primer momento me sorprendió el aparente y pasajero equívoco. No debe resentirse mi colega americano de haber irrumpido en mis divagaciones, con una especie de impetuosidad, aquí desusada. Nada de eso. Esta espontaneidad simpática le acerca a nuestro temperamento hispano, y por ende a nuestro afecto.

Mr. Frank, perspicuo observador, habrá echado de ver que no es raro que en España la impetuosidad nos gobierne. Aparte de que salir a la defensa de la patria, que se juzga lastimada, es el gesto más noble y que mejor percibe un español. *Maledicere lusitani proprium est*, es connatural al español (se alude a los tiempos de Viriato, que no han cambiado), hablar mal de sí propio, dijeron los romanos. Y de nuestra patria. Nosotros, sí. Pero que no se atreva uno de fuera. Añado aun que el *maledicere* de la patria es síntoma de patriotismo veraz. Dante, arquetipo de patriotas, el primero que alcanzó la visión de la Italia una, fluía en invectivas inagotables contra Florencia; pero, desterrado a Verona, no toleraba el reproche en labios ajenos. He observado en mis viajes que algunos de esos españoles acomodaticios y ditirámicos dentro de España suelen asentir complacientes y extremar solícitos el menosprecio de algunos extranjeros hacia España, figurándose con esto adquirir categoría de ciudadanos del mundo, nacidos por adversa suerte en un país infe-

rior. Por mi parte (y dentro de España no soy nada acomodaticio ni complaciente), tantas veces como he escuchado de fronteras afuera alguna estúpida generalización acerca de España no la he podido sufrir, y al punto me he producido en forma violenta, impetuosa. Los hombres cuerdos e inteligentes saben a qué atenerse en esta materia de los contrastes y diferencias comparativos entre nación y nación. La superioridad relativa no tanto existe entre nación y nación cuanto entre hombre y hombre; y en último término, la estimativa con que jerarquizar nación y nación, lo mismo que en un vivero de árboles o una familia zoológica, debe asentarse en la calidad de los frutos singulares que produce; ejemplares de selección religiosos, éticos, estéticos, científicos, etc., etc. Mister Frank—lo declaro con ingenuidad—es un fruto del entendimiento y de la sensibilidad que honra e ilustra a su país. A través de los diversos países, todos somos unos; por lo menos, algunos de la totalidad.

Quizás la disquisición antecedente, además de prolija, es excusada.

Quiero rematar con un advertimiento y un reparo.

Mi actitud hacia Washington Irving no es sólo de cortesía; también de gratitud. Es el primer escritor norteamericano que vivió en España, la estudió, la amó, y escribió acerca de ella con graciosa afabilidad. Es algo español. En Granada, un hotel lleva su nombre. Descontado este pormenor, el siglo XVIII tiene para mí un gran incentivo, en el orden de la especulación (no en el de la admiración artística), por sus curiosas similitudes con los siglos XIV y XV, en que se coagulan y morfologizan las nacionalidades modernas, y con el nuestro, en que comenzamos a vivir una era nueva. La explicación de estas similitudes me llevaría demasiado lejos.

El reparo es tocante a Wells. No me ha escandalizado (como a algún ignorante) que Mr. Frank calificase a Wells de periodista. ¿Por qué no? Todos los escritores modernos somos más o menos periodistas, como todos los periodistas son más o menos escritores. Wells ha dicho de sí mismo «que no es sino un periodista, y tal título es el que más le place». Esto no merece la pena de una glosa. Por periodista y por escritor moderno, Wells es a veces (siempre, si se quiere) precipitado; y en cuanto escritor absoluto (como todos los de éste, o de cualquier otro tiempo), es perjudicial si se le acata como autoridad única e inconcusa, *magister dixit*. No hay escritor alguno, el más indiscutible en la historia, a quien se le debe tomar sino a beneficio de inventario; sólo como una visión circunscrita del universo. En la superficie, esto es, en la forma literaria, en el sentido del área y de las dos dimensiones de primer plano, en lo que abarca, es donde Wells adolece y no admite defensa segura. Lo que le caracteriza, en mi sentir (no afirmo, declaro mi parecer), son las sugerencias inesperadas, las intuiciones repentinas, las punzadas hacia la tercera dimensión, en